

## El club como trinchera. Una etnografía sobre cuidados comunitarios entre mujeres mayores en Independencia (Chile)<sup>1</sup>

Herminia González Torralbo<sup>2</sup>, Menara Lube Guizardi<sup>3</sup>, Alfonsina Ramírez<sup>4</sup>, Catalina Cano<sup>5</sup>

Recibido: 26 de diciembre de 2018 / Aceptado: 3 de marzo de 2019

**Resumen.** El artículo expone resultados de una investigación antropológica que abordaba el nexo entre envejecimiento, género y desigualdades en las prácticas de cuidar y ser cuidado entre mujeres mayores. Entre 2016 y 2017, se realizó una etnografía en el club de señoras El Rosal, localizado en una de las comunas más envejecidas y feminizadas de la Región Metropolitana de Chile: Independencia. Partimos del supuesto de que en el club se expresa un continuum en el cuidado que las mujeres compartieron años antes en los llamados Centros de Madres. La investigación confirma esta apreciación y permite sugerir que ambos espacios representaban lugares de sociabilidad femenina y de resistencia. Así, nuestros análisis muestran las prácticas de cuidados que suceden actualmente en el club en tanto expresión del cuidado comunitario. Concluimos que estas prácticas trascienden la vida de las mujeres del club El Rosal, permitiéndoles resistir a los múltiples “descuidos” a los que ellas están expuestas en el entorno donde viven, y proporcionándoles una forma específica de bienestar, que emerge en la vida en comunidad.

**Palabras clave:** Etnografía feminista; cuidado comunitario; género; envejecimiento; Independencia; Chile.

### [en] The Club as a Trench. An Ethnography of Community Care among Elderly Women in Independencia (Chile)

**Abstract.** The article presents the results of an anthropological research that addressed the nexus between aging, gender and inequality in caregiving and caregiving practices among older women. Between 2016 and 2017, we carried out an ethnography in the ladies' club El Rosal, situated in one of the districts that has higher levels of old population and feminization in the Metropolitan Region of Chile: Independencia. We departed from the assumption that the club expresses a continuum in the care practices that the women shared years before, in the so-called Mothers' Centers. The research confirms this appreciation and suggests that both spaces represented places of female sociability and resistance. Thus, our analyzes show the care practices that currently occur in the club as an expression of community care. We conclude that these practices transcend the lives of the women of the El Rosal club, allowing them to resist the multiple carelessness to which they are exposed in the environment where they live, and providing them with a specific form of well-being that emerges in community life.

<sup>1</sup> Investigación financiada por la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica de Chile (CONICYT) a través del Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (FONDECYT), que financia este estudio a través del proyecto FONDECYT 1160683: “Ser Mujer Mayor en Santiago de Chile: Organización Social de los Cuidados, Feminización del Envejecimiento y Desigualdades acumuladas” (2016-2018).

<sup>2</sup> Universidad Central de Chile. Perspectivas feministas en investigación social (Universidad de Granada) hermiagonzalvez@gmail.com

<sup>3</sup> Universidad de Tarapacá (Chile). Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina - Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES-UNSAM). menaraguizardi@yahoo.com.br

<sup>4</sup> alfonsina.ramirez.scheel@gmail.com

<sup>5</sup> c.canodelgado@gmail.com

**Keywords:** Feminist Ethnography; Community Care; Gender; Aging; Independencia; Chile.

**Sumario.** 1. Introducción. 2. El cuidado comunitario en la vejez: espacio de (des)responsabilización del Estado y sobrecarga femenina. 3. Envejecimiento en Independencia. 4. Marco metodológico. 5. El Rosal: más que un espacio de sociabilidad femenina. 6. Un espacio de cuidado (comunitario) para sí. 6.1. *Cuidados materiales*. 6.2. *Cuidados emocionales*. 7. Múltiples descuidos. 7.1. *Puertas afuera*. 7.2. *Puertas adentro*. 8. Un espacio libre de cuidado hacia otros. 9. Consideraciones finales. 9.1. *Capital social y cultural*. 9.2. *Habitar compartido*. 9.3. *Superación de las violencias*. 10. Bibliografía.

**Cómo citar:** González Torralbo, H. et al. (2019). El club como trinchera. Una etnografía sobre cuidados comunitarios entre mujeres mayores en Independencia (Chile), en *Revista de Antropología Social* 28(1), 137-166.

## 1. Introducción<sup>6</sup>

Este artículo presenta resultados de un proyecto antropológico de investigación cuyo objetivo empírico consistió en comprender el nexo entre envejecimiento y desigualdad(es), a partir del análisis de dos pilares fundamentales en la organización social de los cuidados: el trabajo remunerado y el trabajo de cuidado no remunerado que realizan las mujeres a lo largo de la vida. Para ello, nuestro estudio se situó en tres de las comunas más envejecidas y feminizadas de la Región Metropolitana de Chile (RM)<sup>7</sup> –Santiago Centro, Independencia y Providencia–, buscando comparar el proceso de envejecer en femenino en función de la estratificación socioeconómica de las mujeres. En concreto, en este texto abordaremos las prácticas de cuidar y ser cuidado que se expresan en la comuna de Independencia, la más empobrecida de las tres, en un club de mujeres mayores donde realizamos etnografía primero como “visitantes” y, posteriormente, como integrantes plenas.

En las últimas décadas, las transformaciones sociodemográficas que ha experimentado Chile nos muestran un país que se encuentra en una fase de transición demográfica en etapa avanzada, caracterizada por el descenso de la fecundidad<sup>8</sup> y la mortalidad, y el aumento de la esperanza de vida. Según cifras del Censo 2017, existen 2.800.000 personas mayores en el país, el 16,2% de la población. Entre los habitantes con 60 años o más, el 55,7% corresponde a mujeres y el 44,3% a hombres. Asimismo, del total de personas mayores, el 16,5% tienen más de 80 años: cada vez hay, en el país, más población con edades muy avanzadas (INE, 2017). Según los datos de la última Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional de Chile

<sup>6</sup> Agradecemos afectuosamente la participación en esta investigación a cada una de las mujeres del Club El Rosal, quienes por largo tiempo compartieron con nosotras sus vivencias sobre el proceso de envejecer.

<sup>7</sup> Chile está compuesto por quince regiones que corresponden a unidades internas de la república y que cuentan con un sistema de administración más o menos autónomo, aunque trabajando en coordinación con los ministerios y órganos del gobierno nacional. Las regiones tienen una ciudad capital donde se concentran las infraestructuras de gestión, legislativas, judiciales y ejecutivas del Estado. Además, están subdivididas en provincias y comunas. Estas últimas cuentan con una estructura propia de administración local denominada “municipalidad”.

<sup>8</sup> Según datos de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN, 2017), el promedio de hijas/as por mujer llegó a 1,3. En 2002 este índice era de 1,6. La CASEN abarca territorio nacional, regional y comunal, y es considerada el principal instrumento de diagnóstico social a nivel nacional. Se caracteriza por medir las condiciones socioeconómicas de los hogares del país en términos de acceso a la salud, la educación, el trabajo y a las condiciones de la vivienda.

(CASEN, 2017), el número de personas de 60 años y más superó por primera vez al de menores de 15 años, tendencia que se estima seguirá aumentando en el futuro. Si a estos datos le unimos que el índice de dependencia demográfica (IDD)<sup>9</sup> incrementó a 62,8 puntos, su mayor nivel desde 1995, nos encontramos con un contexto donde cada vez habrá menos personas disponibles para cuidar y más personas necesitadas de cuidados.

Pese a la contundencia de tales transformaciones sociodemográficas, el interés de las ciencias sociales por las múltiples aristas que conlleva el proceso de envejecer en el país es aún incipiente. Son pocos los estudios que nos muestran cómo se envejece en Chile teniendo en consideración categorías que se configuran como ejes de desigualdad social, como el género, la clase social, la condición migratoria, la orientación sexual o la organización social de los cuidados. Sin embargo, la discusión de la relación entre organización social de los cuidados y el proceso de envejecer constituye una contribución original latinoamericana a este campo de estudios. Los trabajos realizados sobre la temática en América Latina, y particularmente en Chile –país más país con el envejecimiento más acelerado de la región–, apuntan a que la vejez puede iluminar nuevos ejes analíticos al campo de los estudios sobre cuidados.

A partir de la constatación de que no es lo mismo envejecer siendo mujer que siendo hombre (Beauvoir, 1970; Macdonald, 1989; Osorio, 2006, 2007), pero, sobre todo, desde el llamado a hacernos cargo de la relación entre cuidados y desigualdad(es) en la vejez, nos adentramos en uno de los clubes de mujeres mayores de la comuna de Independencia, conocido como El Rosal<sup>10</sup>. Allí realizamos el estudio de caso etnográfico que aquí presentamos. Durante un periodo de dos años –entre 2016 y 2017–, asistimos al taller de tejido que se realizaba los martes en dicho club. Esto nos permitió conocer las experiencias de cuidar y ser cuidadas de las mujeres mayores que allí acuden: tanto las relacionadas con sus trayectorias de vida, como aquellas que se expresan entre ellas en el club. Sobre estas últimas nos centramos en las páginas que siguen.

Los apartados de este artículo se dividen de la siguiente forma. En primer lugar, situamos los debates sobre cuidado comunitario en la literatura relativa a la organización social de los cuidados. A partir de este debate, mostramos cómo los Centros de Madres se formaron en Chile en cuanto organizaciones de mujeres vinculadas a las comunidades locales. Reflexionamos, además, sobre la relación que existe entre estos centros, los Clubes de Adultas Mayores y las Juntas Vecinales. Fundamentaremos, así, un punto de partida etnográfico-analítico: asumimos que en El Rosal se expresa un continuum en el cuidado que muchas de sus integrantes compartían en los llamados Centros de Madres, lugares de sociabilidad femenina que antecedieron al club. En segundo lugar, presentamos las características sociodemográficas de la comuna de Independencia, en general, y aquellas asociadas al proceso de envejecer en la comuna, en particular. En tercer lugar, mostramos la metodología de investigación utilizada, la cual se apoyó en la participación observante como la técnica desde la que se erigen los resultados que presentamos. Asimismo, relatamos nuestra inserción en el club inicialmente como visitantes y, posteriormente, como socias de

<sup>9</sup> El índice de dependencia demográfica expresa la relación entre la población en edades potencialmente inactivas o dependientes –incluye a los menores de 15 y a las personas de más de 60 años–, respecto de la población en edad económicamente activa –PEA–.

<sup>10</sup> Para usos de esta investigación, y las publicaciones derivadas de la misma, el nombre real del club se encuentra anonimizado.

pleno derecho. En cuarto lugar, exponemos los análisis que emergen de la etnografía divididos en tres ejes: 1) el club como un espacio de cuidado para sí; 2) los múltiples “descuidos” enfrentados por las mujeres; 3) el club como espacio libre de cuidados hacia otros. Finalizamos presentando las conclusiones obtenidas a partir del diálogo de la literatura sobre cuidado comunitario con los ejes de análisis mencionados.

## **2. El cuidado comunitario en la vejez: espacio de (des)responsabilización del Estado y sobrecarga femenina**

La organización social del cuidado ha sido definida como la forma específica con la que cada sociedad establece una correlación entre sus necesidades de cuidados y la manera como les da respuesta. En ella, los actores sociales que tienen un papel en la provisión de cuidados –familia, comunidad, mercado y Estado– se combinan para esta provisión, adquiriendo diferentes protagonismos (Daly y Lewis, 2000; Arriagada, 2007, 2011; ONU Mujeres, 2014) y conformando el llamado “diamante de cuidado” (Rodríguez, 2015)<sup>11</sup>. Para entender cómo se organizan socialmente los cuidados, es necesario conocer las necesidades de cuidado<sup>12</sup> que existen en el país, a nivel nacional, regional y comunal. Es imperioso indagar cómo los diferentes actores responden a ellas considerando que las formas de responderlas deben considerar las especificidades de género y clase social, entre otras categorías de diferenciación social. Dicho de otro modo, el reparto desigual de cada uno de estos agentes –familia, Estado, comunidad y mercado– conforma una arquitectura institucional generizada (Comas, 2017: 18) que no es ajena a los diferentes niveles socioeconómicos de quienes entregan y reciben cuidados.

La producción científica que se centra en cómo los actores dan respuesta a las necesidades de cuidado es, por lo general, “filiocéntrica”. La familia se erige como aquel lugar desde donde se ha producido mayor información respecto de la entrega y la recepción de cuidados (Knodel y Ofstedal, 2003; Batthyany, 2006; Aguirre, 2007; Holstein y Golubov, 2010; Nava, 2014; Ruppner y Bostean, 2014; Cuns y Solari, 2016;), a diferencia de lo que sucede en relación a la comunidad (Vega Solís y Martínez Buján, 2017). Por otro lado, es posible que la baja atención dada por las ciencias sociales a los cuidados comunitarios –o en lo comunitario– influya en la imprecisión que observamos en la definición del concepto y que limite nuestras posibilidades de analizarlo (Vega Solís y Martínez Buján, 2017: 67). Autores como Higgins (1989: 15) han llegado al paroxismo de indicar que el cuidado comunitario es un concepto innecesario y un tanto complicado para el análisis de la política social y que, por tanto, podría abandonarse sin ninguna pérdida real de significado o comprensión.

En efecto, al tratar de clarificar los contenidos a partir de los cuales se produce esta oscilación de interpretaciones sobre el cuidado comunitario, encontramos que este concepto ha sido definido de formas muy diversas desde las ciencias sociales

<sup>11</sup> El concepto “organización social de los cuidados” que se utiliza en esta propuesta de investigación es una adaptación regional, surgida en América Latina, del concepto *social care* propuesto por Daly y Lewis (2000). Con organización social de los cuidados nos referimos a las “interrelaciones entre las políticas económicas y sociales del cuidado. Se trata de la forma de distribuir, entender y gestionar la necesidad de cuidados que sustentan el funcionamiento del sistema económico y de la política social” (Arriagada, 2010: 59).

<sup>12</sup> Las necesidades de cuidado se comprenderán como aquellos aspectos a ser cubiertos para lograr el bienestar multidimensional y facilitar el desarrollo y mantenimiento de la vida diaria (González, 2016).

(Higgins, 1989). Algunos estudiosos señalan que los entornos donde sucede la vida diaria son las locaciones apropiadas para que se optimice el cuidado social. Pero, por otro lado, la mayoría de los expertos difieren en sus definiciones de la amplia gama de prácticas de cuidado que potencialmente pueden ser consideradas “comunitarias”. La literatura pone bajo este sello prácticas tan distintas como los servicios entregados en residencias privadas, centradas en comprender a los mayores en cuanto clientes; por empleados públicos en la comunidad; por las propias personas que residen en la comunidad de manera voluntaria y cuasi organizada, así como todo el cuidado que tiene lugar de manera informal (con o sin recompensa formal) provisto por la familia, amigos y vecinos (Waerness, 1987: 133).

Empero, más allá de las diferentes formas de definir el cuidado comunitario, lo que las investigaciones han demostrado es que no es “la comunidad” la que cuida a las personas dependientes. La abrumante mayoría de los estudios arrojan que es la mujer en la familia quien resuelve estas necesidades sociales (Finch, 1984; Higgins, 1989: 10). En otras palabras, en lo que concierne al cuidado comunitario, el concepto de “comunidad” no solo se presenta *generizado*, sino que, además, en términos políticos, se asocia a un “espacio de mujeres” (Finch, 1984). Lo mismo sucede con el concepto de cuidados: la sobrecarga y responsabilización femenina emerge en los múltiples espacios sociales desde donde este se estaría llevando a cabo en la práctica –además de la comunidad y la familia, también el Estado y el mercado–.

Aronson (1992) llama la atención sobre cómo desde el Estado (particularmente en el diseño de las políticas públicas) se insinúa de forma errónea la disponibilidad y la abundancia de recursos sociales concentrados fuera del sistema formal. Dichas suposiciones son sostenidas en valores familiares tradicionales y naturalizadores de virtudes supuestamente femeninas (1992: 9). Estos debates nos llevan a indagar qué es el cuidado comunitario, pero buscando las respuestas desde las experiencias que emergen de la propia comunidad. Nos conducen a continuar investigando respecto de aquellas experiencias concretas a partir de las que se expresa claramente el vínculo entre cuidado comunitario y vejez.

En relación a este último punto se observa que, cuando ponemos la mirada en aquellos estudios que abordan la relación entre cuidados comunitarios y vejez, nos encontramos con trabajos que se han centrado en el análisis de estrategias colectivas de organización del cuidado relacionadas con las cooperativas autogestionadas para personas mayores (Fromm, 1991; Glass, 2009; Rodríguez-Alonso y Comas, 2017). Estas investigaciones aportan claridad respecto de cómo las personas mayores se organizan colectivamente. Sin embargo, Rodríguez-Alonso y Comas (2017: 186) llaman la atención, por un lado, sobre la carencia de estudios tanto dentro como fuera del contexto español, sobre estrategias de cuidado colectivo en un *senior-cohousing*, y, por otro lado, sobre lo poco que se sabe todavía respecto de cómo operan las redes vecinales, de amigos, voluntariados, redes afines, en relación a la protección de las personas.

Una respuesta etnográfica a esta pregunta sobre el cuidado comunitario nos permitirá precisar no sólo quiénes son los actores protagonistas de dichas prácticas, sino quiénes no se están haciendo cargo de ciertas responsabilidades, evitando con ello afirmar que en “lo comunitario” todo tiene cabida, o que “lo comunitario” es un espacio de cierta idealización respecto de las solidaridades presentes en la vida en comunidad.

Pero, antes de adentrarnos en nuestras descripciones y análisis etnográficos, es fundamental que ofrezcamos antecedentes sobre los Centros de Madres y los Clubes de Adultos Mayores<sup>13</sup>, para situar el papel que ellos han desempeñado en la historia reciente chilena en lo que concierne a la configuración de redes comunitarias de cuidado con protagonismo femenino.

Los Centros de Madres son las organizaciones de mujeres de base popular más antiguas de Chile: lugares de afirmación femenina donde ellas aunaban el papel de madres y esposas, con aquel que les permitía vincularse con la comunidad local (Valdés, Wenstein, Toledo, *et al.*, 1989). Si miramos la cronología respecto del surgimiento de estos centros, así como sus funciones, podemos ver que existen diferentes improntas de acuerdo con el signo ideológico del gobierno de turno.

En 1954 nace la “Fundación Graciela Letelier de Ibáñez, Roperero del Pueblo”. Esta Fundación se crea como una iniciativa de caridad de la esposa del general Carlos Ibáñez del Campo<sup>14</sup>, con el propósito de proporcionar bienestar material y espiritual a las familias chilenas. En 1958, una modificación de sus estatutos estableció que esta institución pasara a la esfera privada, lo que implicaba, por un lado, no dar cuentas a la Contraloría General de la República<sup>15</sup> y, por otro lado, que pudiera ser presidida por la cónyuge del Presidente de la República (Fossa y Arcos, 2012).

Entre 1964 y 1970, durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, las políticas dirigidas hacia las mujeres –incluyéndose las campesinas y las pobladoras (Bahamondes, 2017: 88)– se canalizaron principalmente a través de la Central Coordinadora de los Centros de Madres (CEMA), a cargo de María Teresa Ruiz-Tagle. Entre 1970 y 1973, durante el gobierno de Salvador Allende, los Centros de Madres fueron correas de transmisión entre las mujeres y las políticas públicas en el campo de la nutrición, el cuidado infantil y el control de la natalidad (Bahamondes, 2017: 90). Durante estos años, y bajo la dirección de Hortensia Bussi, el CEMA pasó a llamarse “Roperero del Pueblo, Coordinadora de Centro de Madres” (COCEMA).

Entre 1973 y 1990, con la dictadura de Augusto Pinochet, los Centros de Madres transformaron su nombre a “CEMA-Chile”, dirigidos por Lucía Hiriart –entonces esposa del dictador–. Organizando bazares, galerías artesanales y tiendas, las mujeres socias comenzaron a vender aquellos productos que realizaban en los centros, vinculándose con el mercado (Bahamondes, 2017). Durante este tiempo, en palabras de Gomes (2015: 19), la comunidad fue el sujeto destinatario de las intervenciones del Estado en un proyecto neoliberal que apostaba por fortalecer el ámbito local, desarticulando los vínculos entre localidades. Esto facilitó la re-politización controlada y selectiva de los sectores populares chilenos. Con una serie de modificaciones a los estatutos en 1990 y 1996, Lucía Hiriart se mantuvo en la dirección del CEMA hasta agosto de 2016. A través de entidades como las Juntas de Vecinos y los Centros de Madres “sin política” se reprodujo “el esquema autoritario de incorporación de la

<sup>13</sup> El concepto “adulto mayor”, así como también el de “persona mayor”, se utilizan, sobre todo, en el marco de la política pública, en reemplazo de conceptos como viejo, anciano o senescente que se asocian a imágenes negativas sobre la vejez. La incorporación de dicho término busca modificar ciertos marcos valorativos, asociando el proceso de envejecimiento al ejercicio de derechos. No obstante, adulto mayor, así como también persona mayor o de la tercera o cuarta edad, siguen siendo eufemismos para referirse a viejos/as y ancianos/as.

<sup>14</sup> Presidente de la República de Chile, entre 1927-1931 y 1952-1958.

<sup>15</sup> Organismo estatal superior –con rango constitucional– de fiscalización de Chile–. Se ocupa de fiscalizar y controlar el cumplimiento de las normas jurídicas en el ejercicio de las funciones administrativas y contables de los órganos, servicios e instituciones del gobierno nacional y de los gobiernos regionales y municipales.

comunidad a través de estas entidades de carácter participativo, logrando despolitizar las demandas sociales, institucionalizar el asistencialismo y darle vida al Estado subsidiario” (Gomes, 2015: 20).

Ahora bien, el marco legal que respalda a los clubes de adultos mayores, así como los centros de madres, remite a 1968, a la Ley N° 16.880, establecida durante el gobierno de Frei Montalva. En esta ley, los centros de madres y los clubes de adultos mayores fueron enunciados como “organizaciones funcionales”. Se estipulaba, además, que estas organizaciones territoriales pasaban a formar parte de las denominadas “Juntas de Vecinos”, las cuales eran “expresión de solidaridad y organización del pueblo en el ámbito territorial para la defensa permanente de los asociados y como colaboradores de la autoridad del Estado y de las municipalidades” (División de Organizaciones Sociales, 2017: 18). La normativa nació en un período de explosión del movimiento de los pobladores, producto del masivo éxodo de habitantes del campo hacia las grandes ciudades de Chile, que, entre 1940 y 1970, se agolparon principalmente en los márgenes urbanos.

El 4 de marzo de 1974, pocos meses después del golpe de Estado de septiembre de 1973, la Junta militar emitió el Decreto Ley 349, que determinó la intervención a voluntad de las Juntas de Vecinos y demás organizaciones comunitarias por las autoridades establecidas. El 30 de diciembre de 1989, tres meses antes del final de la dictadura, la Junta Militar emitió una nueva Ley, la 18.893, cuya finalidad explícita era “sustituir la Ley N° 16.880 sobre Juntas de Vecinos y demás organizaciones comunitarias y establecer nuevas normas sobre organizaciones comunitarias territoriales y funcionales”. Este nuevo cambio legal consagró el criterio atomizador del actor poblacional, estableciendo que en cada Unidad Vecinal debían existir, “a lo menos”, tres Juntas de Vecinos y tres centros de madres y que sólo tres o más organizaciones comunitarias podrían constituir una Unión Comunal. Además, no les atribuyó a las Juntas de Vecinos y demás organizaciones comunitarias ninguna función o prerrogativa, ni responsabilidad ni facultad ejecutiva o fiscalizadora (División de Organizaciones Sociales, 2017: 22).

A partir de 1990, “con la recuperación de las libertades básicas, se percibió el despertar de las juntas vecinales que sobrevivieron en los marcos de la institucionalidad autoritaria y la reanimación de las entidades poblacionales que surgieron al margen de dicha normativa [...] En tales condiciones, se debió emprender la elaboración de una nueva ley de organizaciones comunitarias, que contemplara sobre todo a las Juntas de Vecinos. Así, el 6 de julio de 1990, el Presidente Patricio Aylwin elevó al Congreso Nacional un nuevo proyecto de ley Sobre Juntas de Vecinos y demás Organizaciones Comunitarias, la Ley 19.418” (División de Organizaciones Sociales, 2017: 26).

Este escenario vecinal donde conviven centros de madres y clubes de adultos mayores enmarca varios de nuestros cuestionamientos etnográficos. ¿Qué tipo de cuidado comunitario o en la comunidad es el que se produce en estos espacios? ¿Qué implica la articulación de la comunidad para estas mujeres que, en el pasado, fueron convocadas por el Estado a partir del hecho de compartir una identidad de madres? ¿Qué ocurre con su experiencia del cuidado ahora que las convoca el hecho de ser mujeres madres mayores y, en muchos de los casos, abuelas?

### **3. Envejecimiento en Independencia**

Independencia es una comuna ubicada en el sector norte de la Región Metropolitana de Santiago. Tiene una superficie de 7 kilómetros cuadrados (INE, 2017) en la que

habitan 100.281 personas. Entre ellas, 15.060 son adultos mayores (INE, 2017), lo que significa que el 11% de la población de la comuna tiene 65 años o más, con un índice de envejecimiento comunal de 123,5<sup>16</sup>. Cuando desglosamos el mismo índice en términos de género, encontramos que hay 89,6 hombres mayores para cada menor; mientras hay 159,2 mujeres mayores para cada menor (INE, 2015). La edad promedio de la población es de 35,5 años y se calcula que hay 15,2 adultos mayores dependientes para cada persona en edad económicamente activa. Además, se trata de una comuna, con bajos niveles de estratificación social, con importantes contingentes de población con acceso insuficiente a derechos, servicios y recursos básicos: el 18,8% de los y las habitantes de Independencia se encuentran en situación de pobreza<sup>17</sup>.

La Municipalidad de Independencia se encuentra en la Avenida Independencia, n°753, enclave del mercado de textiles en Santiago. En este sector comercial, abundan las tiendas de telas y cordonería. El Municipio de Independencia, actualmente bajo la administración de Gonzalo Durán –Partido Socialista–, cuenta con un Departamento de Desarrollo Comunitario (DIDECO), que implementa planes y programas enfocados en las personas con mayor riesgo social y carencias socioeconómicas (Municipalidad de Independencia, 2018, 29 de octubre)<sup>18</sup>. Bajo su administración, se encuentra el Departamento de Organizaciones Comunitarias, compuesto por varias oficinas: de Protección de Derechos (OPD), de la Mujer, de Migraciones, de la Juventud y del Adulto Mayor.

En conversaciones con el encargado de la Oficina del Adulto Mayor<sup>19</sup>, identificamos la oferta de servicios para las personas mayores de la comuna. Así, en primer lugar, encontramos los Centros Diurnos para el Adulto Mayor, iniciativa propulsada desde 2016, pero que emana de las acciones desarrolladas por el Servicio Nacional del Adulto Mayor (SENAMA). Este último delega al municipio la responsabilidad de administrar estos centros. En Independencia existe uno solo, que funciona en el Polideportivo de la comuna. Los fondos que lo subsidian son estatales, pero su administración es licitada anualmente. Es la entidad ganadora de la licitación la que define las actividades, horarios y capacidades del recinto. Actualmente hay 80 cupos<sup>20</sup> para atención.

Pero la municipalidad mantiene una serie de servicios sociosanitarios especialmente enfocados en las personas mayores: una amplia oferta de atenciones físicas

<sup>16</sup> El índice de envejecimiento expresa la cantidad de adultos mayores por cada 100 niños y jóvenes menores de 15 años.

<sup>17</sup> En 2014, el Gobierno de Chile introdujo una nueva metodología para la medición de la pobreza que incorporó varias innovaciones. Por ejemplo, la revisión y actualización de la medición de pobreza por ingresos, y la incorporación de una nueva medida multidimensional. Para la encuesta CASEN 2015, se introdujeron 4 dimensiones específicas en lo que concierne a las configuraciones multidimensionales de la pobreza: acceso a la educación, salud, trabajo y seguridad social y vivienda. La última encuesta CASEN, de 2017, recoge además una quinta dimensión, referente a las condiciones del entorno y las redes. Son precisamente los resultados de esta última medición para Independencia los que indican que el 18,8% de sus habitantes gozan de menos acceso a estos bienes y recursos de los que el propio Gobierno de Chile establece como mínimos necesarios. Se trata así de una de las comunas más pobres de la Región Metropolitana de Chile.

<sup>18</sup> En un esfuerzo por acercarse a las comunidades que pueden necesitar sus servicios, este Departamento fue trasladado de la sede de la municipalidad a la Población Juan Antonio Ríos.

<sup>19</sup> Entrevista realizada el día 25 de septiembre, 2018, en dependencias de la Oficina del Adulto Mayor.

<sup>20</sup> Número de plazas disponibles.



y psicológicas propias de los centros médicos de la comuna<sup>21</sup>. En ellos, es posible acceder a medicina tradicional –biomedicina– y también alternativa. Estas actividades atienden a las directrices de la “Política Integral de Envejecimiento Positivo para Chile –2012-2025–” (Ministerio de Desarrollo Social de Chile, 2012), que están focalizadas en potenciar el bienestar físico y prolongar la autovalencia<sup>22</sup> de las personas mayores.

En segundo lugar, la Oficina del Adulto Mayor busca potenciar la participación de las personas mayores promoviendo la creación de clubes comunitarios y asesorando a los ya existentes en la consecución de la personalidad jurídica. De esta forma, la Oficina hace la mediación de la comunicación entre los clubes autónomos y el municipio. Actualmente existen 103 clubes de personas mayores con personalidad jurídica en contacto con el municipio<sup>23</sup>. Muchos de estos clubes cuentan con años e incluso décadas de trabajo autogestionado. Parte de ellos solo recientemente ha establecido vínculo con el municipio, buscando con esto potenciar su acceso a la oferta de servicios.

Finalmente, también encontramos los talleres artísticos, deportivos y recreativos. Ellos constituyen y potencian un gran vínculo directo de la municipalidad con los clubes de adultos mayores. Los clubes pueden solicitar de la municipalidad la formación de un taller específico, a ser entregado preferentemente a sus integrantes –aun cuando también estén abiertos a los demás vecinos de la comuna–. La municipalidad cubre la remuneración de los profesores de estos talleres de manera regular a lo largo de varios meses. Los clubes se hacen cargo de la gestión de un espacio comunitario y de los materiales. Esta oferta varía año a año y las/los profesoras/es suelen ser también residentes de Independencia. Según los datos entregados por el Municipio, cerca de 400 personas participan de estos talleres comunitarios. Se registra, asimismo, la afluencia de alrededor de 600 adultos mayores en los eventos de convocatoria masiva –como los conciertos–.

#### 4. Marco metodológico

El enfoque cualitativo antropológico guía la investigación que dio origen al presente artículo. Las metodologías usadas estuvieron centradas en la interacción intersubjetiva y fueron consideradas no como “un conjunto de técnicas para recoger datos, sino como un modo de encarar el mundo empírico” (Taylor y Bodgan, 1984: 20). Buscamos, así, explicar cómo se producen los hechos y no darlos por sentado.

La etnografía fue la estrategia metodológica que enmarcó toda la investigación. El trabajo de campo realizado se distendió entre junio y diciembre de 2016, y entre mayo y diciembre de 2017, siempre los martes, de las 15:30 hs. a las 18:30 hs. –horario de funcionamiento del taller de tejido del club El Rosal–. En estas incursiones

<sup>21</sup> En el marco de las acciones de cuidado médico multidimensional, y en colaboración con el *Programa Estatal “Vínculos”* (Ministerio de Desarrollo Social de Chile, 2018), la Oficina del Adulto Mayor se ha encargado de realizar visitas domiciliarias a personas mayores de la comuna. Además, cuentan con una iniciativa de “patrullaje” a barrios residenciales en los que viven una mayor cantidad de personas mayores postradas o en situación de abandono.

<sup>22</sup> Por autovalencia, nos referimos a aquella persona mayor capaz de realizar las actividades básicas de la vida diaria.

<sup>23</sup> De estos 103 clubes, 10 fueron, anteriormente, Centros de Madres, como es el caso del Club El Rosal. Además, 20 se encuentran vinculados a la Unión Comunal de Adultos Mayores.

en el terreno, aplicamos las técnicas de la “participación observante”<sup>24</sup> –registradas en 84 notas etnográficas extensas<sup>25</sup>–, las entrevistas de historia de vida –realizadas a 12 mujeres– y los grupos de discusión –3 sesiones en total–. Este artículo analiza específicamente los registros etnográficos de la participación observante, en tanto fue la técnica de producción de datos que nos permitió observar más profundamente las prácticas, “el hacer” del cuidado (Jociles, 2018: 126) que las mujeres mayores despliegan en el club.

En la medida en que prestábamos atención a la cotidianidad de las mujeres en este espacio, fuimos paulatinamente pasando a ser parte de él. Desde esta condición participante, pudimos conocer las trayectorias de vida de las mujeres mayores asociadas a su trabajo remunerado y a su trabajo de cuidado no remunerado (Kornblit, 2004; Sharim, 2005; Bernasconi, 2011). Tres investigadoras<sup>26</sup> vivieron en primera persona esta experiencia etnográfica en el primer año. En este periodo de la etnografía, asistimos como “invitadas” al club, pero vivimos una transformación relacional: fuimos aceptadas como “casi de la familia”, en las palabras de nuestras anfitrionas. Durante el segundo año, la etnografía fue realizada por las dos asistentes de investigación, que se hicieron socias del club –abonando la cuota mensual todo el año–. La investigadora responsable también se sumó a varias de las actividades en estos meses de 2017. La co-investigadora se adentró en el proceso investigativo precisamente en el momento en que finalizaban las incursiones en el terreno para realizar el análisis y la triangulación de los datos empíricos aportando nuevas perspectivas. Así, las cuatro autoras contribuimos al análisis de contenido de estas notas de campo y de las entrevistas transcritas, lo que hicimos con el apoyo del software MaxQDA.

A través del análisis de cada una de las sesiones a las que asistimos a los talleres realizados en el club, pudimos descifrar el lugar que ocupa el género y la clase social para ellas. Pudimos observar cómo el taller de tejido integra prácticas de cuidado, afectos e historias de vida relacionadas con su pertenencia al territorio –al barrio–. Asimismo, las experiencias y aprendizajes que como etnógrafas compartimos con las mujeres nos permitieron una mejor comprensión de lo que sucede en este espacio, estableciendo cierto paralelismo con lo relatado por Pérez Bustos y Chocontá (2018). En su estudio sobre los costureros de mujeres en Colombia, observaron que el tejido en el club configuraba una sororidad particular, una feminidad colectiva.

<sup>24</sup> La diferencia entre nuestra postura y aquella a que se adhiere la “observación participante” antropológica clásica –malinowskiana– radica en que, en esta segunda, “los etnógrafos intentan ser participantes emocionalmente comprometidos y observadores fríamente desapasionados de las vidas de los otros. En la *participación observante*, los etnógrafos experimentan y observan su propia coparticipación y la de otros en el encuentro etnográfico. El cambio de una metodología a otra implica una transformación representacional en que, en lugar de elegir entre escribir una memoria etnográfica centrada en el Yo [*self*] o una monografía estándar centrada en el Otro, tanto el Yo como el Otro se presentan juntos en una narrativa etnográfica única, centrada en el carácter y proceso del diálogo etnográfico” (Tedlock, 1991: 69. Traducción propia).

<sup>25</sup> Las notas de campo etnográficas recogen información de todo lo que ocurre en un día de taller, desde el inicio de este hasta su finalización. Lo anterior incluye informaciones sobre quiénes acuden ese día, quiénes y cómo se saludan entre ellas, cómo se distribuyen en la sala, cuáles son los temas de conversación que mantienen entre ellas, los conflictos que emergen, quiénes son las personas que acuden a visitarlas, entre otros.

<sup>26</sup> El equipo de investigación estuvo compuesto por una investigadora principal, una co-investigadora y dos asistentes de investigación. La investigadora responsable tuvo a su cargo funciones relacionadas con el trabajo de campo y el análisis de la información, las cuales fueron realizadas junto con las asistentes de investigación. La co-investigadora se centró, para efectos de este artículo, en el análisis de toda la información recopilada a partir de los registros de las observaciones participantes, así como todos aquellos documentos creados por el equipo, relacionados con los servicios de cuidado existentes en la comuna.

A través de esta práctica grupal, el espacio del club les entregaba una nueva lectura de ellas mismas y de su relación con otras mujeres. Esto fue precisamente lo que observamos en El Rosal.

## 5. El Rosal: más que un espacio de sociabilidad femenina

Todo comenzó el 6 junio de 2016, con nuestra búsqueda por la oferta de servicios destinados a las personas mayores de Independencia. Nos enteramos, en primera instancia, de la apertura del Centro Diurno del Adulto Mayor (CEDIAM), espacio de encuentro y participación para las personas mayores. Tras concertar nuestra visita por teléfono, acudimos al CEDIAM. El encargado y el resto del equipo se encontraban en una reunión con el equipo del SENAMA. Sin pensar en desistir, llamamos por teléfono a la municipalidad, preguntando por información sobre quiénes se encargaban de coordinar las actividades para las personas mayores. Días después, en la mañana del 14 de junio de 2016, nos dirigimos a la Municipalidad de Independencia. En la ventanilla de informaciones nos indicaron que, a ocho cuadras de allí, se encontraba otra sede de la municipalidad donde se ubicaba la Oficina del Adulto Mayor. Dicha oficina no figuraba en la página online de la municipalidad; tampoco en su organigrama. Caminamos hacia la dirección que nos fue indicada y, cuando llegamos, la visión externa de la oficina nos proporcionó una imagen de las más paradójicas: lado a lado, en dos casas contiguas, se veía la Oficina de la Juventud y la del Adulto Mayor<sup>27</sup>.

Don Fabián, un señor de unos 70 años, canoso y muy jovial, iba saliendo cuando nosotras llegamos. Muy amablemente, nos hizo pasar a una sala pequeña con dos mujeres trabajando en unos escritorios. Una de ellas, Carmen, fue la encargada de explicarnos y esclarecer un poco la normativa municipal de los servicios y trabajos para las personas mayores de la comuna, comentándonos sobre la existencia de los diversos clubes a los que podríamos acudir para realizar nuestra etnografía.

Nos enteramos de que, con una gestión autónoma, los clubes se han mantenido vigentes desde antes de la conformación de la Oficina, sobreviviendo incluso al cambio de orientaciones políticas de los alcaldes que han pasado por la comuna<sup>28</sup>. Parte de esta autonomía se debe a que los clubes se establecen entre personas de un mismo sector residencial, a partir de una motivación colectiva –tiene, por tanto, un fuerte carácter territorializado–. Así, pueden constituirse desde una normativa propia que no responde –necesariamente– a los intereses del municipio.

Pese a lo anterior, la vinculación entre varios de estos clubes con la Oficina se ha estrechado en los últimos años. Los clubes vienen demandando de la municipalidad la oferta de talleres, eventos enfocados a la tercera edad y asesorías en diferentes ámbitos. Este acercamiento se enmarca en un proceso de representación de los clubes que fueron activos en el diseño de las iniciativas municipales destinadas a fortalecer la participación comunitaria (PLADECO Independencia, 2015-2020).

Carmen nos entregó un papel con los distintos talleres realizados por estas agrupaciones de adultos mayores, dejándonos en claro que nuestro acceso a ellos no

<sup>27</sup> En 2017, la Oficina de la Juventud tuvo su espacio ocupado por la “Fundación de las Familias”. En 2018, ambas oficinas fueron trasladadas al Departamento de Organizaciones Comunitarias.

<sup>28</sup> Al actual alcalde, del Partido Socialista, le precedió Antonio Garrido, del partido Renovación Nacional, situado a la derecha del espectro político partidario chileno.

depende del municipio, sino de la decisión de los/las participantes de cada club. Hizo hincapié en que cada club realiza sus actividades según sus gustos y demandas, en horarios y localidades distribuidos por toda la comuna<sup>29</sup>. Mirando el complejo cuadro de 103 clubes y sus numerosas actividades, decidimos acercarnos al taller de manualidades realizado en la casa parroquial de la Iglesia de Los Desamparados. Elegimos este taller porque supimos por la oficina de la municipalidad que a él acudirían más mujeres que hombres y porque pensábamos que, a diferencia de lo que ocurre, en el taller de baile o en el taller de cocina (ofertados también por la municipalidad) las dinámicas propias de la actividad de tejer nos facilitaría establecer conversaciones cotidianas entre nosotras y las mujeres asistentes, ya que estaríamos sentadas alrededor de una mesa de trabajo (sin el ritmo incesante del baile, y sin los peligros de las ollas y cocinas).

Esta casa parroquial se encuentra en una población caracterizada por la baja renta *per cápita* de sus habitantes. Está a media cuadra del terminal de ómnibus de línea urbana, muy cerca del último paradero del recorrido y junto a un colegio a cargo de la misma orden religiosa que coordina la iglesia. Para poder acceder al recinto parroquial, es necesario traspasar unas rejas alargadas de color negro, que derivan a una explanada de cemento. Al costado derecho se encuentra una sala de velatorio. En nuestras visitas en estos dos años, nos encontramos varias veces, al llegar al taller, con personas velando a un/a vecino/a del barrio.

Para llegar al sector de las aulas donde se realizan los talleres es necesario ignorar la entrada a la capilla, y dirigirse hacia el lado derecho, donde hay un pasillo que conduce hasta otra reja. Traspasando la reja, nos encontramos con un patio interior, en cuyos costados se encuentran las aulas. Vemos, además, una pequeña cancha que está ubicada frente a las puertas. Al final de esta cancha se avistan dos baños —uno masculino y el otro femenino— en mal estado, con puertas que no se cierran bien y con fugas de agua. Al lado de estos baños, lucen apilados y empolvados los muebles y sillas que van quedando sin uso por su deterioro.

Es en la sala curiosamente denominada “Siete Santos” donde, todos los martes, se reúnen las mujeres del club El Rosal. El aula también es utilizada por otras organizaciones barriales. En realidad, las mujeres arriendan este espacio a la parroquia por una cuota mensual de 3.000 pesos chilenos (equivalentes a 4 euros). Es una salita pequeña y fría, un poco oscura. En el centro de la sala hay dos mesas posicionadas lado a lado. Las mujeres se sientan alrededor de ellas: todas pueden verse entre sí

<sup>29</sup> Según nos explicaba Carmen, los clubes podían conformarse como entidades de participación exclusiva femenina o masculina; o podían también estar abiertos a la presencia de hombres y mujeres. En términos formales, casi todos los clubes de Independencia estaban inscritos como “mixtos” (para los dos sexos), pero la municipalidad había observado que la gran mayoría de ellos era frecuentada predominantemente por mujeres. Estas constataciones se confirman en las mediciones realizadas por el Ministerio de Desarrollo Social de Chile. Los datos de la última Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN, 2017) realizada por este ministerio indican que el 5,8% de los habitantes con más de 60 años en Independencia participan de las actividades de estos clubes. Entre los participantes, el 4,35% son mujeres y el 1,45% hombres. Estos datos ilustran cuantitativamente algo que hemos verificado en la etnografía. En los clubes de adultos mayores de Independencia, las mujeres estaban a cargo de la gestión, organización y también la asistencia a las actividades: su participación regular era lo que permitía que ellos se sostuvieran en el tiempo. Esto no significa que no contaran con la presencia masculina. En muchos de ellos, como El Rosal, cuyas actividades describiremos detenidamente en las páginas que siguen, las mujeres se hacían cargo de mantener el club funcionando regularmente, pero los vecinos del sexo masculino estaban inscritos como miembros y podían participar de las actividades que quisieran, aunque solo acudían a los viajes de ocio, las fiestas, bingos y/o comidas colectivas. En estas ocasiones específicas, ellos eran convocados a contribuir económicamente para ayudar a solventar los costes de las actividades.

(ver Anexo 1). Complementan la decoración del aula algunos estantes con casilleros metálicos, que permanecen cerrados con llave –para evitar el hurto de los materiales allí guardados–. Cada grupo que usa el aula tiene derecho a una parte de estos casilleros. En su parte, las mujeres del club guardan de todo: loza, cubiertos, útiles de aseo, hervidores, comida. La sala cuenta, además, con un lavatorio de dos fregaderos, ambos con cañerías deficientes. La instalación eléctrica consta de un enchufe en malas condiciones y luces de tubos fluorescentes en el techo.

El club El Rosal se fundó en mayo del año 1994 y cuenta con personalidad jurídica independiente. El derecho de permanencia en él está condicionado por el pago de las mensualidades. Está conformado por vecinos de la comuna de Independencia: en su lista oficial constan cerca de 30 personas inscritas –hombres y mujeres–. Empero, las participantes activas del club, las que frecuentan sus reuniones semanales, fluctúan entre 12 personas en invierno, a 18 en primavera-verano: todas mujeres. Los hombres inscritos participan en las estancias “extraordinarias”: pagan las cuotas para venir a las actividades de fin de año, los eventos de convivencia<sup>30</sup> y los paseos. El rango de edad de las mujeres que asisten regularmente va de los 65 a los 83 años. La excepción está constituida por dos mujeres que rondan los 55 años<sup>31</sup>. El club es comandado por una junta directiva de cinco personas<sup>32</sup>: la presidenta, la vicepresidenta, la secretaria, la tesorera interna y la tesorera externa<sup>33</sup>.

Las reuniones que el club hace cada martes se dividen en dos tiempos. El primer momento está dedicado a un taller de manualidades que es abierto a los y las demás vecinas del barrio, dictado por profesoras externas, enviadas desde la municipalidad (ver Anexo 2). La segunda instancia corresponde a la “once” y la rifa, y asisten a ella solo las mujeres socias del club.

En la primera parte, mientras realizan sus manualidades, las mujeres conversan de manera espontánea sobre temas relacionados con su vida cotidiana: los asuntos más recurrentes eran la familia, la salud, el clima, el trabajo. Pero también se discuten sucesos coyunturales como, por ejemplo, las elecciones municipales. En diversas ocasiones, observamos que, al inicio del taller o durante el mismo, la presidenta lista y expone los temas relacionados a la gestión del club que se deben discutir. En estas conversaciones, acordaban colectivamente la repartición de tareas –por ejemplo, para la elaboración de la documentación necesaria para postular a subvenciones del SENAMA–. Pero también consensuaban la elección de destinos para los viajes –que realizaban cada fin de año– y la organización de las tan esperadas celebraciones –aniversario del club, fiestas patrias–.

La dinámica respetuosa de estos diálogos se debe, al menos en parte, a que entre las mujeres existen relaciones de confianza establecidas desde antes de la fundación del club. Muchas de ellas son vecinas, amigas y parientes. Algunas participaban antes en otro club de personas mayores que funcionaba en la sede vecinal, y que,

<sup>30</sup> Por eventos de convivencia nos referimos a aquellas fechas que convocan a los hombres y las mujeres del club, como, por ejemplo, la celebración del día de las fiestas patrias (19 de septiembre) o la celebración de “Pasamos Agosto” relacionada con superar uno de los meses más fríos del invierno en el país.

<sup>31</sup> Una de ellas es hija de la presidenta.

<sup>32</sup> La junta directiva se elige anualmente mediante consenso. En los dos años que participamos del taller no hubo recambios de mujeres en estas funciones.

<sup>33</sup> La primera tesorera se encarga del cobro de mensualidades, responsabilizándose de la caja “grande”, de los grandes gastos. La segunda maneja la caja “chica”, realizando el cobro de las cuotas semanales, la recaudación para las meriendas que hacen tras cada clase –las “once”, como son popularmente designadas en Chile–, la rifa, y los gastos imprevistos.

a su vez, se había originado a partir de otro grupo previo: un centro de madres del barrio. La mayoría de ellas arrastra alguna enfermedad crónica –diabetes, obesidad, hipertensión, artritis, osteoporosis o depresión–. Varias se movilizan con la ayuda de muletas, burritos o silla de ruedas.

En nuestra primera visita al taller, el 20 junio de 2016, encontramos reunidas 12 mujeres en la sala “Siete Santos”. Mientras tejían, escuchaban las indicaciones e informaciones entregadas por una señora. Nos acercamos a ella una vez terminó su explicación. Las mujeres nos miraban con curiosidad: nos presentamos, explicamos nuestra investigación y la razón de que estuviéramos allí y les manifestamos nuestro interés por conocerlas. La señora que hablaba era Rosario, la presidenta. Ella, la profesora del taller y las demás alumnas estuvieron de acuerdo con aceptar nuestra presencia cada martes, pero con una condición: que lleváramos materiales para trabajar.

Al principio, no sabíamos bien dónde sentarnos. Observamos que los lugares “tenían nombre”: esperábamos a que fueran viniendo las alumnas para, solo entonces, ocupar las sillas libres. Redoblamos nuestra atención a la observación de las reglas no dichas de comportamiento que regían los talleres y montamos un mapa mental de dónde se sentaba cada una de nuestras anfitrionas. Era fundamental para ellas estar sentadas en sus “lugares de siempre”. Esta precaución nos duró hasta que logramos tener “nuestras propias sillas”, es decir, nuestro lugar en el taller.

A lo largo del primer año de etnografía, compartíamos el momento del taller y de la merienda –la “once”, para la cual aportábamos económicamente–, pero nos íbamos antes de que se oficiara la rifa. Al año siguiente, nos solicitaron hacernos socias del club, lo que significaba pagar las mensualidades y la cuota de inscripción, y formar parte de todas las actividades del club, la rifa incluida. Este momento marcó un cruce de fronteras: nuestra integración formal al club posibilitó una mayor confianza de ellas hacia nosotras que, no obstante, no diluía nuestra especificidad como más jóvenes y ajenas a su barrio.

A partir de nuestra oficialización como integrantes, nuestras interacciones mientras tejíamos cambiaron fuertemente de inclinación: aquellas que eran anfitrionas, se convirtieron en nuestras colegas. Ya en nuestro primer día como socias, cuando le comentamos a Silvana que estábamos tejiendo guantes, pero que queríamos aprender un nuevo punto, esta nos instó a sentarnos junto a ella para enseñarnos (Diario de campo, 20.07.2018). Minutos después, otra señora que caminaba al lado de la mesa paró para tomarnos los palillos y ayudarnos a avanzar con una parte del guante que nos tenía enredadas (Diario de campo, 20.07.2018).

## **6. Un espacio de cuidado (comunitario) para sí**

En nuestra etnografía, observamos que las mujeres buscan, en el espacio del club, resolver comunitariamente las necesidades materiales y emocionales que atraviesan sus vidas. Esta sección describe las prácticas que observamos en estos dos ámbitos.

### **6.1. Cuidados materiales**

En lo que concierne a las necesidades materiales, ellas ingeniaban diferentes prácticas y actividades para recaudar fondos que luego serían empleados para resolver problemas de las integrantes o del grupo. Ejemplo de ello son “las colectas solidarias” –de materiales y de dinero– que se realizan frente a situaciones de emergencia. Con

ocasión del fallecimiento de la hermana de una de las integrantes, Mirta, vimos cómo Rosario hizo la petición de que cada socia donara 2.000 pesos para ayudar con los gastos del funeral. Las señoras acordaron, además, donar una corona de flores para el velorio. Llorando y visiblemente emocionada, Mirta agradeció a sus compañeras (Diario de Campo, 25.10.2016).

Otro de los mecanismos de recaudación es “la polla”. Funciona mediante el pago de una cuota de 10.000 pesos que se abona mensualmente. Al final de cada mes, se hace un sorteo del montante total recopilado: las mujeres se aseguran de que le toque por lo menos una vez anualmente a cada una. El monto de la polla les permite acceder esporádicamente a mercaderías para su hogar que usualmente no pueden pagar. También facilita que paguen algunos servicios o que realicen compras extraordinarias. La lista de participantes del sorteo va rotando mensualmente. Una de las tesoreras del club se encarga de cobrar los pagos y de entregar el premio. De esta práctica solidaria también participan vecinos que no son miembros del club.

Por otro lado, también observamos la consecución de ayudas monetarias más puntuales y cotidianas entre las socias. El principal ejemplo es el pago de la “once” de las socias que están pasando por un momento difícil en términos económicos. Así, las compañeras del taller se hacen cargo de financiar la merienda de esta amiga mientras le dure la dificultad, asegurando que, por lo menos aquel día, podrá alimentarse por la tarde-noche.

Un cuarto ejemplo de cómo opera la red de cuidados materiales en el club refiere a la adquisición de los insumos usados para los talleres. Las mujeres mantienen un sistema de intercambio que tiene lugar siempre al inicio del taller. Como desplazarse al centro de la Región Metropolitana –donde se venden los insumos–, no es fácil para ellas, quienes lo logran traen materiales para distribuir entre las compañeras. A menudo, Silvana, Rosario y Andrea se encargan de hacer estas compras. Solo cuando la inversión ha sido mucha, las mujeres se muestran reacias a compartir estos materiales. Pero saben que todas harán lo mismo; así, lo que se comparte se recibirá de vuelta.

Este intercambio asume otra forma particular: ellas se organizan colectivamente para comprar los materiales en conjunto, lo que les permite obtenerlos en mejor precio, cantidad y variedad. Estos materiales son usados por todas en la medida en que los vayan necesitando: no opera una vigilancia de la proporcionalidad entre aporte individual y uso individual. Nos causó gracia que Mirta, Soraya, Jimena y Rosario sacaran de sus bolsos, un martes de diciembre, varios muñecos de gatos hechos con la misma tela: la habían comprado juntas (Diario de campo, 05.12.2017).

Para las navidades, el club se involucra en redes de cuidados materiales de más larga escala. En estas fechas, la Junta de Vecinos/as del barrio organiza una “colecta de regalos por cuadra”. Estos regalos, luego, son entregados por algunas figuras del vecindario: entre ellas, cuatro de las integrantes del club, quienes llevan personalmente los paquetes coloridos a los niños y niñas de sus respectivas calles. Estas muestras de apoyo colectivo indican cómo los/las vecinos/as se articulan mediante redes que permiten enfrentar dificultades económicas que afectan a la gente del barrio. Las mujeres del club entregan tiempo y recursos en estas redes solidarias barriales, lo que denota su compromiso con las acciones comunitarias que interconectan el club con las demás organizaciones locales. Estas actividades no generan ningún tipo de rentabilidad económica ni para el club, ni para la Junta de Vecinos: su virtud más visible radica en que potencian la reorganización de los recursos comunitarios.

## 6.2. *Cuidados emocionales*

Si ponemos el foco en aquellas formas de cuidado que permiten cubrir necesidades de tipo emocional o afectivo, encontramos una serie de prácticas que se tejen entre las mujeres en el club, pero que lo extrapolan: constituyen parte de los vínculos personales que ellas cultivan entre sí.

Por un lado, compartir tiempo en el taller implica compartir consejos sobre cómo bordar y mejorar los trabajos realizados. De este modo, el club se convierte en un espacio de aprendizaje colectivo, en el que las mujeres comparten sus experiencias y aprenden juntas sobre diferentes técnicas. Lo hemos vivido en diversas ocasiones, como cuando una de nuestras compañeras nos mostró, paso a paso, y con enorme paciencia y didáctica, cómo tejer una bufanda (Diario de campo, 18.07.2017).

Pero, por otro lado, para la mayor parte de ellas, las compañeras constituyen su única red de cuidados; es decir, el único núcleo relacional donde pueden pedir ser cuidadas por terceras. Las mujeres del club mantienen un sistema de información continua sobre la situación económica, psicológica y de salud general de las demás. Se llaman constantemente entre sí en los días en que no hay clases. Cuando alguna de ellas falta un martes, se organizan para que aquellas que viven más cerca la llamen y visiten para asegurarse sobre su estado. En varias ocasiones, vimos cómo incluso las que no viven cerca también llamaban; en especial si consideraban que el estado de la compañera era preocupante, como lo fue el de Maribel con la muerte de su vecina (Diario de Campo, 25.10.2016).

Otra expresión de ese cuidado grupal de carácter emocional lo vemos en sus prácticas de compañía durante el día a día: almuerzan juntas, toman onces, y van juntas de compras a la feria del sector. Un bello ejemplo lo vemos en la relación entre Gloria y Julia, quienes acuerdan algunas veces a la semana realizar actividades como cocinar y pasar la tarde, mientras sus hijos/as están trabajando.

Pero los cuidados no paran ahí. Ellas se organizan para realizar aquellos desplazamientos que engendran complejidades para las mujeres con dificultades de movilidad. Muchas de ellas vienen de a dos hacia el club, por ejemplo, para garantizar que ambas lleguen bien. En esta red de movilidad, involucran a los maridos. El de Soledad, que tiene automóvil, pasa a buscar y a dejar a cuatro o cinco mujeres del club en aquellas ocasiones que demandan desplazamientos más largos, o cuando las mujeres están enfermas (Diario de campo, 27.06.2017). En otra ocasión, Rosario y su marido acompañaron a María al doctor. No poder cumplir con esta responsabilidad de cuidar de aquellas que tienen dificultad de movilidad preocupa a las mujeres. Esto nos hizo saber Sara, quien se encarga de buscar y acompañar a Teresa hacia las clases. Uno de los martes, Sara no pudo cumplir su tarea porque en la calle de la compañera aparecieron unos perros grandes a ladrarle. Tuvo miedo y decidió irse, nos dijo entre risas (Diario de Campo, 23.05.2017).

Uno de los momentos de mayor despliegue de cuidados emocionales en el club es el momento de la “onces”. Esta merienda se organiza semanalmente entre parejas y tríos de mujeres. Los grupitos son ordenados por afinidad y cercanía residencial, lo que facilita la preparación de las comidas y bebidas a ser consumidas. Las mujeres suelen juntarse antes del taller para comprar las cosas o prepararlas en la casa de una de ellas. Cada semana, el grupo a cargo repite un ritual: sirve la mesa, el agua caliente y la comida al resto de sus compañeras en platos individuales. Las compañeras están siempre sentadas; agradecidas, elogian la comida que se les entrega (Diario



de campo, 23.05.2017). Luego, las responsables lavan la loza y guardan todo. Las demás pagan la cuota correspondiente para poder realizar la devolución del dinero. Las organizadoras de aquel día deben aportar las boletas con los gastos. Incluso cuando se trata de algún plato preparado por ellas en su casa, la presidenta solicita que la mujer haga una estimación de los costos. Estos cuidados son reconocidos y remunerados.

Cada semana, vimos las muestras de cariño que se desplegaban en la preparación que las señoras hacían de la comida. Ellas se esmeraban en llevar algo que les gustara a todas, ponían atención a las necesidades y alimentación de cada una. Como en el caso de María, que no come el pan si se mezcla la mantequilla con el jamón. O en el de Teresa, a quien no le gustaba el pan con más de un agregado. Siempre atentas a estos detalles, las mujeres separaban las preparaciones, personalizándolas. Las que reciben cuidado, también cuidan.

Ellas siempre se preocupaban, además, de que cada una tuviera en su merienda un alimento dulce y uno salado. Un día en que nosotras solo teníamos sopaipillas –pan frito salado– en nuestro plato, Liliana se apresuró en pararse y acercarnos el chocolate caliente (Diario de campo, 01.08.2017). Las mujeres se preocupan, además, de que la comida alcance para todas. Algunas mujeres a veces, incluso, se privan de comer, ofreciendo su ración a quienes tienen más necesidad.

De la misma manera, las mujeres que tienen mayor dificultad para movilizarse, o tienen más edad, reciben ayuda de quienes se encuentran más activas para cargar con las cosas más pesadas, como el termo de agua, o para guardar los platos. En cierta ocasión, Gloria y Julia se encargaron de preparar la once y empezaron a hacerlo a las 16:30 hs., mucho más temprano que de costumbre, porque ambas tienen dificultades para moverse –usan muletas–. Patricia fue quien repartió platos, tazas y té, y puso el agua a hervir, ya que Gloria y Julia no podían hacer todo esto (Diario de campo, 14.11.2017). Como se puede observar, los cuidados en el club se asumen como una forma de reciprocidad específica, sedimentada en el reconocimiento y atención a las *necesidades de cuidado de cada integrante*.

## **7. Múltiples descuidos**

La construcción del club como un lugar propio de cuidado y contención por parte de las mujeres responde a la ausencia de otras redes en las cuales ellas sean receptoras y no donadoras de cuidados. Múltiples factores se entrecruzan y coinciden en las experiencias de “descuido” a las que están expuestas estas mujeres. Prácticas de descuido relacionadas, en este caso, con la desatención que las mujeres reciben por parte no solo de las instituciones sociales (centros de salud, municipalidad), sino también, por parte de sus familiares. Algunas de estas experiencias remiten a sus vivencias en ámbitos de la comuna –puertas afuera–; otras remiten a sus relaciones familiares –puertas adentro–.

### **7.1. Puertas afuera**

Las mujeres del club, al vivir en una comuna de baja estratificación socioeconómica, contaban con menos servicios, atenciones y recursos públicos para sus necesidades de cuidados de lo que observamos en las demás áreas abarcadas por nuestro proyecto. Ellas se quejaban frecuentemente sobre su sensación de desprotección y

cansancio —e incluso de abuso— en su experiencia de la atención de los centros públicos de salud. Nos explicaban lo difícil que era conseguir una hora en el consultorio. Que cuando eran finalmente atendidas, las derivaban para una cita más adelante. Y este “más adelante” podía ser semanas e incluso meses después (Diario de campo, 06.06.2017). Como muchas arrastraban enfermedades crónicas y dependían de medicamentos para estar en condiciones estables, las dificultades para acceder a una oportuna atención médica convertían su estado de salud en una preocupación constante: las mujeres manifestaban en el taller una tensión permanente frente a la posibilidad de empeorar. Ninguna de ellas contaba con recursos para atenderse en el sistema privado regularmente.

Otra de las formas concretas en que se manifiesta el “descuido” vivido por nuestras compañeras de taller se refiere a la conectividad. La población “Chorrillos”, donde viven, se encuentra al final del recorrido de uno de los ómnibus públicos que viajan hacia el corazón de la Región Metropolitana, en la comuna de Santiago. Sin embargo, muchas de las mujeres viven a cuerdas de esta parada: desplazarse hacia el paradero tantas calles es complejo, dadas sus dificultades de movilidad. Esto redundaba en serias limitaciones a su acceso a servicios —públicos o privados— en otras áreas de la Región.

En el marco del Gobierno de la presidenta Michelle Bachelet (2014-2017), se anunció la creación de la Tarjeta del Adulto Mayor, la cual posibilitaría a los mayores de 60 años acceder a rebaja en el pago de los pasajes del Metro de Santiago. Las mujeres enunciaron, en el taller, varias críticas a esta medida, quejándose del transporte público, de la falta de recorridos de ómnibus que les acerquen a sus casas. También relataron los problemas de frecuencia de estos, explicándonos que la política no estaba pensada para la gente que, como ellas, habitan los barrios populares y periféricos de la ciudad. Para ellas, la rebaja del metro no les servía, decían, porque sencillamente el metro no llegaba ni cerca de su barrio. Una política más justa, según su entender, hubiera rebajado también los pasajes de los buses (Diario de campo, 29.08.2017). Así, beneficios que son pensados para contribuir a mejorar la situación económica de las personas mayores en la Región Metropolitana como un todo, no son realmente aplicables a la realidad de las mujeres en el club. Su vida está fuertemente anclada a su sector de vivienda y esto no es una elección para ellas.

Las mujeres también relatan experiencias de vulneración en el transporte público. Las técnicas empleadas para la evasión de pagos en los ómnibus —las barreras, torniquetes y gradas, por ejemplo— se presentan como una dificultad para las señoras que se movilizan con bastones: les obliga siempre a viajar en compañía de alguien que las pueda sostener. Para sortear esto, muchas de ellas nos confesaron tener que pagar por los “autos colectivos” —taxis privados que llevan varios pasajeros en un recorrido fijo—, lo que a veces resulta un “lujo” excesivo para su acotado presupuesto mensual<sup>34</sup> (Diario de campo, 28.08.2017).

Las dificultades provocadas por la falta de acceso a espacios acondicionados para las necesidades de las mujeres mayores, no obstante, no se reduce al transporte. En los talleres siempre emergía su apreciación de que no contaban con espacios públicos

<sup>34</sup> La mayoría de las mujeres que pertenecen al club reciben la Pensión Básica Solidaria —de vejez o invalidez— que entrega el gobierno como aporte a aquellas personas en edad de jubilación, en especial mujeres, que no formaron parte del sistema previsional privado. El monto de esta varía según la evaluación que realiza el Instituto de Previsión Social y muchas veces no llega a cubrir un sueldo mínimo, fluctuando entre los 100.000 y 300.000 pesos chilenos (es decir, entre 131 y 395 euros).

que permitieran la organización y reunión de distintos colectivos. Esto las obligaba a buscar espacios por su cuenta. El uso que hacían de la parroquia era un ejemplo. La falta de un espacio público donde los clubes comunitarios puedan desarrollar sus actividades, y los limitados recursos de que disponen, las obligaba a rentar un aula que no cumple con los requerimientos básicos para ellas.

En las campañas para diputados nacionales, las señoras del club recibieron la visita de Pilar Durán, candidata que buscaba representar los sectores más pobres de la comuna de Independencia. Conversando con las mujeres, la candidata les preguntó qué les gustaría. Rosario, sin dudar y con mucha firmeza, le dijo que “una sede”. Todas se rieron (Diario de campo, 28.08.2017). La escena informa que tener un lugar apropiado a sus necesidades de cuidado, accesibilidad y movilidad, es una demanda política para las mujeres.

Por otra parte, las vulneraciones que identificamos en los relatos de las mujeres están, muy a menudo, vinculadas a la condición de pobreza que caracterizó, para muchas de ellas, casi todo su ciclo vital. La mayor parte de ellas se vio obligada a trabajar desde temprana edad. Muchas no han podido (y dicen que no creen que puedan) dejar de hacerlo, como en el caso de Mariana (Diario de campo, 12.09.2017). Aquellas que siguen insertas en el mundo productivo se desempeñan como peluqueras, tejedoras, comerciantes, costureras, enfermeras y limpiadoras. Todas estas constituyen ocupaciones con elevados niveles de informalidad en Chile, y la ausencia de protecciones laborales implica que ellas no hayan contribuido integralmente a fondos de pensión. Aquellas que sí cuentan con fondos de jubilación los tienen tan bajos que se ven obligadas a seguir trabajando.

Finalmente, una última forma de “descuido” que observamos en nuestra etnografía se refiere a la relación particular que algunos representantes políticos establecen con las señoras. Nuestro trabajo de campo coincidió con dos periodos de campaña electoral de carácter municipal, presidencial y parlamentario. Fuimos testigos de la manera como eran abordadas las mujeres mayores desde las dinámicas partidistas. En algunas de las visitas, la candidata conversaba con forzada simpatía con las mujeres, hablando del trabajo que desarrolla en otras comunas de la ciudad. A cierta altura, buscó con su asistente un termo de regalo al club: esperaba ganarse la camaradería de las mujeres con este objeto (Diario de campo, 24.10.2017).

Residía en este gesto la expectativa, por parte de la candidata, de establecer un vínculo clientelar con las integrantes del club. Pero se trataba, además, de una actitud que las infantilizaba. El procedimiento se repitió en la mayoría de las visitas de representantes políticos que presenciamos. La calidez supuesta de este regalo no se traduce en una mayor escucha de las demandas y posicionamiento de estas mujeres: los y las candidatas no daban señal de registrar absolutamente nada de lo que ellas decían sobre sus necesidades y proyectos. Se trataba de visitas instrumentales en las cuales los representantes políticos actuaban limitada y puntualmente en función de sus intereses electorales. El carácter vulnerador de este instrumentalismo nos quedó patente, por ejemplo, cuando un concejal de la comuna asistió al club acompañado de otra concejala y ambos tomaron fotografías de las mujeres sin pedirles el permiso debido. En algunos casos puntuales, las mujeres se posicionaban frente a estas incursiones. Coqueteando con políticos que, saben, deben lucir simpáticos para ellas, resignifican a su modo el lugar de su sexualidad. Los representantes varones saben de estos juegos y se prestan a ellos. Lo hemos visto cuando un candidato en campaña les recitó un poema haciendo guiños y expresiones a cada una de ellas. Al final,

varias aprovecharon la situación para conversar coquetamente con el señor (Diario de campo, 29.09.2017).

Pese a lo anterior, la actitud de las mujeres frente a estos representantes políticos era casi siempre de desconfianza. Para ellas, la política va más allá de las propuestas ideológicas y se relaciona también, y principalmente, con la confianza que sean capaces de establecer con estas figuras y las lealtades que se mantengan estables a lo largo del tiempo. Hemos visto cómo esto se materializaba en la relación que ellas cultivaban con dos representantes políticos que actuaban en cargos importantes (uno a nivel comunal, otra a nivel nacional). Integrandos sin recelos el diálogo clientelar que estos políticos proponían, las señoras les recibían con cariño y les asignaron los distintivos de “padrino y madrina” del club.

## 7.2. *Puertas adentro*

Los “descuidos” hacia las mujeres por parte de sus familias se hacían presentes en el taller. Una de las mujeres nos comentaba, fragilizada, que uno de sus familiares sufrió un accidente hacía dos semanas y que no le habían dicho nada porque pensaban que ella no era lo suficientemente fuerte para hacerse con la noticia (Diario de campo, 05.12.2017). Aun cuando la gran mayoría de las mujeres del club son quienes mantienen sus hogares –constituyen su pilar productivo y económico–, y también están a cargo de los trabajos de cuidado de los integrantes de su familia –constituyendo el pilar emocional, psicológico y de las tareas de reproducción social–, son comprendidas por muchos miembros de sus familias como personas “débiles”, incapaces de resistir a ciertas situaciones.

Las mujeres identifican, enuncian y critican con más facilidad el maltrato cuando este proviene de los nietos y nietas. Liliana nos comentó que, a raíz de las vacaciones de invierno, debió cuidar de sus nietos por semanas y que estos se quejaban de estar aburridos en su casa. Ella les ofreció que le ayudaran a hacer su huerto en el jardín, a lo que contestaron que “no era asunto de ellos”. Otra señora, Soledad, escuchando este relato, dijo que los nietos reproducen, en gran medida, la misma ingratitud que los hijos e hijas de Liliana siempre demuestran hacia ella (Diario de campo, 25.07.2017). Este breve relato sirve para ilustrar algo que hemos observado entre varias mujeres: les resultaba más difícil reconocer dinámicas de abuso cuando eran protagonizadas por hijos, hijas y esposos.

Sara nos comentó, por ejemplo, que había faltado dos semanas al taller porque su nieto se enfermó. Su hija debió llevarlo al médico y, tras la consulta, Sara se hizo cargo del pequeño para que ella pudiera trabajar. El padre del pequeño no participó de este cuidado y el abuelo –marido de Sara– prefirió pasar la tarde divirtiéndose en las carreras de caballos. La semana anterior, el otro nieto se había accidentado y ella también debió quedarse en casa para cuidarlo (Diario de campo, 15.11.2016). Aquí vemos claramente cómo la abuela es una donadora obligada de cuidados: se espera de ella que renuncie a su único momento de ocio de la semana –en el taller–, mientras el abuelo no se cuestiona, por dos semanas consecutivas, dejar de ir a las carreras de caballos. Al mismo tiempo, es el trabajo de cuidado de la abuela el que suplente el “descuido” del padre de los menores. Vemos entonces cómo el absentismo del cuidado masculino dota a los hombres de la posibilidad de trabajar y tener ocio, mientras las mujeres deben hacer las cesiones necesarias en sus propias rutinas para llevar el pequeño al médico –la madre– y cuidarlo –la abuela–.

Abusos del trabajo de cuidado de las señoras aparecen, además, en otros ejemplos que nos fueron relatados. Patricia nos contaba que nunca podía descansar. Como “tiene fama” de ser buena cocinera y anfitriona, siempre llegaban visitas a su casa: iban a almorzar, a tomar “once”. Ella sentía que no podía estar tranquila nunca (Diario de campo, 13.06.2017).

Las relaciones de cuidado que se dan entre las mujeres en el taller no funcionan de la misma manera que en sus casas. En sus relatos, ellas nos contaron que no recibían el reconocimiento por su labor de cuidado en los ámbitos familiares; tampoco podían demandar cuidados. En el taller, las dos cosas ocurrían. A la vez, estos sentires sobre su sobrecarga como cuidadoras eran compartidos con el grupo. El diálogo sobre el tema les ayudaba a asimilarlo en una clave propia juntamente con las compañeras. Entre ellas, tenían claro quiénes se encontraban en ambientes familiares más difíciles y quiénes mantenían relaciones más horizontales y cercanas con los miembros de sus familias. Para el entorno cercano de las mujeres, también era sabido que el club era un espacio significativo para ellas; que ellas necesitaban acudir a él.

## 8. Un espacio libre de cuidado hacia otros

El club es el lugar propicio para compartir los sentires. En él, las mujeres expresan sus problemas, acogiéndose desde la empatía y la comprensión –fomentada por el hecho de que comparten historias parecidas, comunes, en sus trayectorias vitales–. Esta “habitación propia”, para aludir a la expresión de Virginia Wolf (2008 [1967]), permite que sus vestiduras como abuelas, madres, esposas e hijas sean parcialmente marginadas. Lo anterior fomenta que ellas centralicen su propia experiencia y necesidades como mujeres sintientes, un rol distinto al que ocupan habitualmente. El club era un lugar “situado desde ellas”.

En este habitar compartido ellas podían, como en ningún otro lugar –según nos decían–, hablar de sus enfermedades: podían lamentarse y alegrarse sin repudios o reprimendas. Para muchas de ellas, reclamar sobre sus estados de salud no era posible en su ambiente familiar, donde ellas estaban reiteradamente forzadas a ejercer como cuidadoras. En el club podían descansar de esta función y expresarse sobre sus dolencias. Así, presenciamos cuando Maribel llegó triste. Venía cansada, pues había ido a ver al doctor que le diagnosticó depresión. Liliana la escuchó con cariño y le dijo que lo lamentaba, pero que compartían la misma situación (Diario de campo, 24.10.2017).

La actitud de Liliana denota una práctica de cuidado empático –un estrechamiento del modo de acoger las dificultades enfrentadas por las demás– que observamos en diversas situaciones en el club. Algunas de ellas de mayor intensidad emocional, como el día en que María reflexionaba que, años antes, podía acudir a los paseos organizados por el club. Pero su estado de salud se había complejizado tanto que ni siquiera sabía si iba a seguir teniendo su pierna el año siguiente. Al proferir estas palabras, le invadió una gran angustia: se agarró los pelos, sosteniendo la cabeza y llorando intensamente. Silvana se acercó, la abrazó. Le dijo que no pronunciara esas cosas, que se iba a mejorar, puesto que era una mujer fuerte. Le ofreció un refresco. María tomó el vaso y propuso a las compañeras que brindaran por su pierna y por su fortaleza (Diario de campo, 11.10.2016).

Pero también era frecuente que los ánimos se caldearan: varios conflictos emergían de esta expresión de las tensiones durante las sesiones. Algunas de las contiendas referían a las deudas entre las mujeres (Diario de campo, 12.12.2017). Otras, a malos

comentarios y confusiones comunicativas. Pero estos conflictos también encontraban en el club un espacio de mediación. Ellas se implicaban en superarlos rápido y en evitar las situaciones que podrían aumentar la tensión con una u otra integrante. Cierta día, al ser consultada sobre si le había gustado el lugar elegido para el paseo de fin de año del club, Teresa declaró que no tenía claro si iría en el paseo del año siguiente, por la cantidad de chismes que se habían contado en aquel viaje. Rosario, mediando en el problema le explica que no había preguntado esto, sino sobre el lugar en sí. Teresa dijo, entonces, que el lugar era bueno. Con una sonrisa, Rosario siguió su recorrido, preguntando lo mismo a las demás mujeres (Diario de campo, 28.12.2017).

Esta intervención de Rosario ejemplifica cómo las mujeres buscan bajar el perfil a los conflictos en sus diálogos. Además de este recurso, ellas apelan también al humor: acuden a las risas y burlas cuando las cosas se ponen muy tensas entre ellas. Las risas constituyen, así, otro mecanismo estabilizador y mediador, utilizado por las mujeres para restablecer los ánimos y también para reírse de sus propias enfermedades y de situaciones que, en diversos casos, sobrepasan lo gracioso. Ejemplo de ello fue el día en que llegamos y encontramos a Gloria y Mirta sentadas en las bancas de la entrada. Cuando nos acercamos, entre risas, nos dijeron que nos estaban esperando para que las lleváramos a la sala. (Diario de campo, 20.06.2017). Así, hacían gracia de su estado de salud y dificultades de movilidad. Gloria, muy divertida, solía referirse a la muleta de la cual no podía separarse como “mi marido”.

Pero el humor también servía de herramienta específica para permitir que las violencias de género vividas por las mujeres pudieran ser abordadas y enunciadas en cuanto lo que eran: violencias. En estos casos, el humor servía para sortear la dificultad de abordar frontalmente el problema, pero permitía establecer, además, un principio de transparencia entre las mujeres, como en la escena que sigue:

Diez minutos tras el inicio de la clase, apareció Mariana, cojeando y con lentes de sol. Todas se levantaron a saludarla. Ella se sentó al lado de Andrea. Cuando saludó a Valencia esta le preguntó qué le pasó. Mariana contó que se “cayó” en el trabajo y que no se pudo parar hasta que su jefe la ayudara; estuvo a punto de no venir al taller porque le daba mucha vergüenza salir en esas condiciones. Las mujeres la intentaron animar; algunas comentaron que Soledad, la semana pasada, se había caído afuera de la sala, que todas estaban “pal gato” [en mala situación]. Le incentivaron, entonces, a que se sacara los lentes de sol. Cuando lo hizo, todas se sorprendieron por el gran moretón que tenía en el ojo. Mariana agachó la cabeza un poco avergonzada. Soledad le dijo, en tono de broma: “que tiene pesada la mano tu marido”. Todas, incluyendo a Mariana, se largaron a reír. (Diario de campo, 11.10.2016).

Así, el club se constituía como una habitación propia, porque en él ellas podían escapar y desligarse de las labores domésticas y de cuidado hacia otros; pero también era un lugar de invención de formas mediadoras de asumir, asimilar y digerir sus propias dolencias; expresando entre pares sus necesidades de cuidado.

## 9. Consideraciones finales

A lo largo de este artículo nos propusimos indagar, a través de una etnografía sobre el proceso de envejecer en femenino, cómo un club de mujeres mayores es, por un

lado, un *espacio de cuidados para sí*, donde se evidencian las redes de cuidado y solidaridad que establecen las mujeres mayores entre ellas; por otro lado, un *espacio libre de cuidados* para otros, que no sean ellas mismas, pero también, un *espacio de sociabilidad y de protección* para las personas mayores, desde donde se expresa claramente la organización social del cuidado comunitario en la vejez. Aunque las escenas y conversaciones que hemos detallado aquí permitan tejer diversas interpretaciones, nos gustaría centrarnos, en estas consideraciones finales, en definir las formas y las finalidades del cuidado comunitario que observamos en El Rosal. Nuestras reflexiones estarán vinculadas a tres aspectos específicos: el club como capital social y cultural; como habitar compartido; como superación de las violencias.

### 9.1. *Capital social y cultural*

En primer lugar, quisiéramos aportar a una definición de estos cuidados comunitarios en el club a modo de red de redes de vínculos sociales estables. Entendimos, a partir de etnografiar las prácticas de cuidado que se expresan en el club, que las mujeres mayores dependen, en gran medida, de las redes de amistad que establecen dentro este espacio, justamente porque lo trascienden. En este sentido, el club es, al mismo tiempo, un *capital social* para las mujeres, y el ensanche hacia otros *capitales sociales* que se despliegan en el barrio –la Junta de Vecinos, por ejemplo–.

Cuando hablamos de capital social, aludimos a la definición de Bourdieu, según la cual podemos definir cabalmente al club como “el conjunto de recursos actuales o potenciales ligados a la posesión de una red durable de relaciones más o menos institucionalizadas de inter-conocimiento y de inter-reconocimiento” (2011: 221). Es decir, es gracias a su pertenencia al club que las mujeres pueden dotarse y compartir “propiedades comunes” –conocimientos, formas de cuidar, maneras de relacionarse, acceso a recursos–. Es más, en cuanto capital social, el club fomenta entre estas mujeres unos “vínculos permanentes y útiles” que las dotan de cercanía –literal y metafórica–. Estos vínculos “se fundan sobre intercambios indisolublemente materiales y simbólicos cuya instauración y perpetuación suponen el reconocimiento de esa cercanía” (Bourdieu, *Ibid.*). Así, el club es cuidado comunitario en cuanto se materializa a modo de un capital social que interconecta y posibilita el reconocimiento mutuo entre las mujeres.

Gracias a su pertenencia al club de mujeres mayores, y, anteriormente, su pertenencia a un centro de madres, ellas cuentan con una red de cuidado que se encuentra constantemente pendiente de sus necesidades. Encuentran otras mujeres que están dispuestas siempre a retribuir estas mismas atenciones según sus capacidades. Esto se debe a que estas mujeres tienen en común el hecho de hacer parte de una genealogía de prácticas de cuidado sin las cuales sería muy difícil sobrevivir, en un territorio –comunal y estatal– desde donde experimentan múltiples descuidos. En este sentido, la constitución del carácter comunitario del cuidado que ellas experimentan en el club hace circular un *capital cultural*<sup>35</sup> específico, que deviene de las experiencias

<sup>35</sup> El *capital cultural* correspondería a los conocimientos y recursos incorporados por los sujetos y difundidos a través de sus redes sociales. Según Bourdieu (2011: 214), se pueden distinguir tres estados del capital cultural: 1) incorporado; 2) objetivado e 3) institucionalizado. El primero se vincula a la noción de *habitus*, relacionándose con la incorporación (la adscripción corporal). Un estado que involucraría, en el contexto de nuestro estudio, nociones históricas de alteridad respecto al fenotipo, la educación formal, la estética y la presentación de las mujeres, su forma de moverse, portarse y relacionarse con otros sujetos en los espacios públicos y privados.

comunes como mujeres obligadas al cuidado y que comprenden, de manera coincidente la dimensión de intercambio recíproco de este cuidado, según obligaciones de dar, recibir y retribuir (Comas, 2017) que son consensuadas a partir del saber común, pero negociadas a cada situación entre las mujeres, cotidianamente.

## 9.2. *Habitar compartido*

En segundo lugar, el club constituye un cuidado comunitario porque engendra un *habitar compartido de cuidados*. La construcción del club como un lugar propio de cuidado y contención por parte de las mujeres responde a la ausencia de otras redes en las cuales ellas sean receptoras y no donadoras de cuidados. La ausencia de la posibilidad de recibir cuidados es algo que ha caracterizado sus trayectorias de vida, según nos han confiado. Como detallamos a lo largo del texto, múltiples factores se entrecruzan y coinciden en las experiencias de “descuido” a las que están expuestas estas mujeres. Compartiendo el “hacer” de las mujeres en el club, y en nuestras conversaciones con ellas, fuimos dándonos cuenta de que, en estos momentos juntas en el taller, ellas expresaban no solamente su experiencia de cuidado hacia otros –esposo, nietos/as, hijos/as–; expresaban, fundamentalmente, sus necesidades y demandas propias de cuidados. Las clases constituían un espacio donde las señoras ponían en primer lugar su condición de “ser mujer”. Esto les permitía relativizar un poco sus responsabilidades como madres, hermanas y abuelas para dar centralidad a sus propias necesidades. No estamos diciendo que en el taller las mujeres lograran desprenderse totalmente de estas obligaciones morales derivadas de sus posiciones de género y parentesco –ser abuela, ser madre, ser cónyuge–, sino que conseguían expresar sus visiones y deseos más allá de ellas. Esto se notaba, por ejemplo, cuando hablaban de música, de política, de migración, de salud. Se transparentaban en estas tertulias expresiones de afecto, cariño, amistad, pero también de disputa. Gracias a las dinámicas del taller y las redes que se entretejen a partir de este espacio, ellas lograban sortear ciertos aspectos de la dificultad de verse enfrentadas a formas interseccionales de violencia: por su condición de mujeres, mayores, y con baja renta.

Así, pudimos observar que, a partir de la toma de consciencia, por parte de estas mujeres, de que este cuidado que realizan es voluntario, a la par que necesario, no lo vivencian como una carga. Los cuidados en el club son vividos a contracorriente de como ellas experimentan el trabajo de cuidado que realizan con sus familiares. Esto implica que, mientras habitan como mujeres en el club, el cuidado que proviene del grupo emerge desde esta particular comunidad femenina y para ella. Opera, por lo tanto, como una red que permite cubrir necesidades *materiales y afectivas*.

En este sentido específico, el habitar de las mujeres en el club, es un “habitar en el cuidado” desde la perspectiva que le da a este verbo Heidegger (1975: 150). Para el autor, habitar es una forma de construir espacios y vinculaciones que solo puede existir mientras las personas se implican en ellas. Habitar es construir un espacio en que se habita de forma continua. Pero este construir como habitar “se despliega en el construir que cuida, a saber, el crecimiento, y en el construir que edifica construcciones. [...] Habitamos no porque hayamos construido, sino que construimos y hemos construido, en cuanto habitamos, esto es, *en cuanto somos los habitantes*” (Heidegger, 1975: 153). Así, el cuidado comunitario en el club es una forma de habitar que implica la acción permanente de las mujeres; y esta acción define la forma como ellas son en el mundo. Las define como habitantes en el cuidado.



### 9.3. *Superación de las violencias*

En tercer lugar, los cuidados que las mujeres despliegan en el club constituyen una forma propia de superar comunitariamente la violencia a la que están expuestas. En la convivencia en el club, identificamos que la vida de estas señoras estaba fuertemente interpelada por prácticas de “descuido” –de su entorno hacia ellas–. En el taller buscaban formas de superarlo.

El espacio del club era, para muchas de ellas, un espacio de intimidad, de feminidad, y de resistencia con relación al “afuera”. Este “afuera” es representado por la familia o por el trabajo. Este locus de protección de lo femenino nos interpeló no sólo por nuestra condición de género y la forma de relacionarnos en tanto mujeres<sup>36</sup>.

Cuando hablamos de violencia en la vida de estas mujeres, nos referimos a dinámicas muy variadas, que pueden vincularse a la asimetría de poder entre ellas y sus parejas, familiares, y personas del entorno social. O, bien también, a una sobrecarga arrastrada toda una vida de obligaciones del cuidado hacia los miembros “precedentes y descendientes” (González, 2018) de su red parental. Pero también a la experiencia de diferentes formas de opresión, maltrato, abusos y a la recurrencia de relaciones y acciones en las que las mujeres sienten que no son respetadas. La violencia se manifiesta, entonces, de maneras muy sutiles y cotidianas. Lo anterior no impide que esta se materialice en la forma de agresiones sistemáticas, perpetradas incluso por agentes estatales, o en cuanto agresión física y sexual –de parte de las parejas, más usualmente–. Pese a la diversidad de estas violencias, nos parece pertinente caracterizar el cuidado comunitario del club como una resistencia particular, específica, a dos de ellas.

La primera de estas violencias refiere a aquella que Bourgois (2001) adjetiva como “estructural”. La violencia estructural alude a las condiciones de desigualdad enfrentadas por los sujetos que resultan de las asimetrías de derechos institucionalizadas por la organización política y económica de la sociedad. Esta forma de expresión de la violencia es reproducida por el Estado cuando este no se hace cargo de ciertas necesidades y demandas sociales, lo que provoca la amplificación de las vulneraciones a la que están expuestos ciertos grupos. Un ejemplo contundente de esto en nuestra etnografía se refiere a las varias dificultades propias del territorio: la mala calidad de las calles y veredas, la baja disponibilidad de transporte público, la carencia de recursos económicos para desplazamiento, para el acceso al sistema sanitario, de posibilidades de ocio, y la falta de compañía para moverse. En la práctica, debido a la violencia estructural del Estado materializada en la baja calidad de los transportes públicos de su barrio periférico, muchas de estas mujeres no pueden ir incluso al corazón de la Región Metropolitana, a la comuna de Santiago Centro. Por lo mismo, sus vidas cotidianas se desarrollan dentro del barrio.

La segunda, se refiere a las formas más cotidianas e individualizadas de la violencia que se naturalizan e invisibilizan en la vida de estas mujeres. Estas violencias se sostienen en formas de discriminación de clase, sexo, género, etnia, color de piel, edad y en función de otras diversas categorías (Barros, 2004). Esto se traduce en la reproducción de roles y estereotipos sociales, que, en el caso de ellas, está asociado

---

<sup>36</sup> Nos interpeló en tanto etnógrafas que perseguían lo señalado por Hale (1990): escuchar lo que las personas mayores tienen que decir sobre lo que significa ser viejo/a para, con ello, responder a sus necesidades de manera relevante y efectiva.

a su papel como mujer madre/abuela/esposa, relegándolas principalmente al espacio doméstico y al trabajo de cuidado. En este sentido, las mujeres están fuertemente interpeladas por formas de “violencia intrafamiliar” y “de género” las cuales son vividas por ellas dentro del hogar, y cuya vivencia es compartida luego en el espacio seguro del club.

Producto de lo mencionado, pensamos que el club es una clara y contundente expresión de ese cuidado comunitario, en tanto coinciden varios elementos que lo definen como tal: 1) es un cuidado que está anclado en el territorio, respondiendo a aquellas necesidades que el Estado, a nivel municipal, no asume como parte de sus responsabilidades, y 2) es consecuencia de una historia de vivencias compartidas. Si bien es más que evidente que en este cuidado comunitario las mujeres son las protagonistas indiscutibles, enunciamos que este cuidado comunitario feminizado es más bien una consecuencia de la ausencia de los hombres y del Estado en la gestión de estos.

## 10. Bibliografía

- Aguirre, Rosario (2007). “Familias como proveedoras de servicios de cuidados”, en J. Astelarra (ed.), *Género y cohesión social*. España: Fundación Carolina, 83-93.
- Aronson, Jane (1992). “Women’s sense of responsibility for the care of old people”. *Gender & Society*, 6 (1): 8-29. doi: <https://doi.org/10.1177/089124392006001002>
- Arriagada, Irma (2007). *Familias y políticas públicas en América Latina. Una historia de desencuentros*. Santiago de Chile: CEPAL-UNFPA.
- Arriagada, Irma (2010). La crisis de cuidado en Chile. *Revista de Ciencias Sociales Uso del tiempo, cuidados y bienestar en Desafíos de Uruguay y la región*, XXIII (27): 58-67.
- Arriagada, Irma (2011). *La organización social de los cuidados y vulneración de derechos en Chile*. Santiago de Chile: ONU Mujeres y Centro de Estudios de la Mujer (CEM).
- Bahamondes, Fabiola (2017). “Centros de Madres en el Chile rural. Un espacio de seguridad. “Cociendo, costureando, entablando un entramado social””. *Nomadías*, (22): 83-100. doi:10.5354/0719-0905.2016.45138
- Barros, Lucía (2004). *Discriminación sexista y otras formas de violencia estructural e institucional contra la mujer*. Madrid: Universidad Carlos III de Madrid. Departamento de Derecho Internacional Público, Eclesiástico y Filosofía del Derecho.
- Batthyany, Karina (2006). “Género y cuidados familiares ¿Quién se hace cargo del cuidado y la atención de los niños y de los adultos mayores?», en C. Fassler (ed.), *Familias en Cambio en un mundo en cambio*. Uruguay: Ediciones Trice, 123-138.
- Beauvoir, Simone de (1970). *La vejez*: Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Bernasconi, Oriana (2011). “Aproximación narrativa al estudio de fenómenos sociales: principales líneas de desarrollo”. *Acta Sociologica*, 56, 9-36.
- Biblioteca del Congreso Nacional de Chile. (2017). *Reportes estadísticos comunales comuna de Independencia*. Disponible en: <https://reportescomunales.bcn.cl/2015/index.php/Independencia> (Consultado el 18.12.2018)
- Bourdieu, Pierre (2011). *Las estrategias de la Reproducción Social*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bourgois, Philippe (2001). “The Power of Violence in War and Peace: Post-Cold War Lessons from El Salvador”. *Ethnography*, 2 (1): 5-34. doi:10.1177/14661380122230803

- CASEN (2017). *Adultos Mayores. Síntesis de Resultados. Documento de trabajo*. Chile: MIDEPLAN.
- Comas, Dolors (2017). “El don y la reciprocidad tienen género: las bases morales de los cuidados”. *QUADERNS-E*, 22 (2): 17-32.
- Scavino, Sol; Aguirre, Rosario (2016). “Care in old age: gender inequalities in Uruguay”. *Papeles Del Ceic-International Journal on Collective Identity Research*, (1): 1-41. doi:10.1387/pceic.15449
- Daly, Mary; Lewis, Jane (2000). “The concept of social care and the analysis of contemporary welfare states”. *The British Journal of Sociology*, 51(2): 281-298. doi:10.1111/j.1468-4446.2000.00281.x
- División de Organizaciones Sociales (2017). *Informe Consulta Participativa sobre Ley N°19.418 de Juntas de Vecinos y demás Organizaciones Comunitarias*. Santiago de Chile: Ministerio Secretaria General del Gobierno
- Finch, Jane (1984). “Community care: developing non-sexist alternatives”. *Critical Social Policy*, 3 (9), 6-18. doi:10.1177/026101838300300902
- Fossa, Lissette.; Arcos, Noemí (2012). “CEMA: Cómo la fundación de Lucía Hiriart lucró con la venta de inmuebles que le donó el Fisco”. *CIPER Chile*, 18.
- Fromm, Dorit (1991). *Collaborative Communities: Co-housing, Central Living and Other Forms of New Housing with Shared Facilities*, New York: VanNostrand Reinhold
- Glass, Anne P. (2009). “Aging in a Community of Mutual Support: The Emergence of an Elder Intentional Co-housing Community in the United States”, *Journal of Housing for the Elderly* 23(4): 283-303.
- Gomes, Gabriela (2015). “Cuestión social y regímenes militares. Argentina y Chile durante los años setenta.” *Quinto Sol*, 19 (1): 1-25.
- González, Herminia (2016). “Los cuidados en la migración transnacional. Una categoría de análisis social y política”. *Sur: Revista Internacional de Derechos Humanos*, 24, 43-52.
- Gonzalez, Herminia (2018). “Género, cuidados y vejez: Mujeres «en el medio» del trabajo remunerado y del trabajo de cuidado en Santiago de Chile.” *Revista Prisma Social*, (21): 194-218.
- Hale, Noreen (1990). “Being old: seven women, seven views”, en E.R. Rosenthal (ed.), *Women, aging and ageism*. Nueva York: Harrington Park Press, 7-17.
- Heidegger, Martin (1975). “Construir, habitar, pensar”. *Teoría*, (5-6), 150-163.
- Higgins, Joan (1989). “Defining Community Care: realities and myths”, *Social Policy & Administration*, 37: 1-16. doi: <https://doi.org/10.1111/j.1467-9515.1989.tb00492.x>
- Holstein, Matha; Golubov, Nattie (2010). “Sobre como envejecemos las mujeres”. *Debate Feminista*, 42: 52-78.
- INE (2015). *Chile. Proyecciones y estaciones de población. País y regiones..* Santiago de Chile: Instituto Nacional de Estadística.
- INE (2017). *Censo de población 2017*. Santiago de Chile: Instituto Nacional de Estadística.
- Jociles, Maria Isabel (2018). “La observación participante en el estudio etnográfico de las prácticas sociales”. *Revista Colombiana de Antropología*, 54(1): 121-150. doi: <http://dx.doi.org/10.22380/2539472x.386>.
- Knodel, John; Ofstedal, Mary B. (2003). “Gender and Aging in the Developing World: Where Are the Men?” *Population and Development Review*, 29 (4): 677-698. doi: <https://doi.org/10.1111/j.1728-4457.2003.00677.x>
- Kornblit, Ana Lía (2004). *Metodologías cualitativas: modelos y procedimientos de análisis*. Buenos Aires: Biblos.

- Macdonald, Barbara (1989), "Outside the sisterhood: Ageism in women's studies". *Women's Studies Quarterly*, 17: 1/2, Nueva York: The Feminist Press.
- Ministerio de Desarrollo Social de Chile (2012). *Política Integral de Envejecimiento Positivo para Chile 2012-2025*. Santiago: Ministerio de Desarrollo Social.
- Ministerio de Desarrollo Social (2018). *Programa Vínculos*. Disponible en: <http://www.chileseguridadesyopportunidades.gob.cl/programa-vinculos> (Consultado el 12.12.2018).
- Nava, Isalía (2014). "La agenda futura de investigación sobre trabajo no remunerado y familia." *Estudios Demográficos y Urbanos*, 3 (87): 621-635.
- ONU Mujeres (2014). *Sesión 2. La organización social del cuidado: identificación de necesidades y escenarios de cuidado*. Santiago de Chile: ONU Mujeres Centro de capacitación.
- Osorio, Paulina (2006). "La longevidad: más allá de la biología. Aspectos socioculturales". *Papeles del CEIC*, 22: 1-28.
- Osorio, Paulina (2007). "Construcción Social de la Vejez y Expectativas ante la Jubilación en Mujeres Chilenas". *Universum (Talca)*, 22: 194-212.
- Pérez Bustos, Tania; Chocontá, Alexandra (2018). "Bordando una etnografía sobre cómo el bordar colectivo afecta la intimidad etnográfica". *Debate Feminista*, 56: 1-25. <http://dx.doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2018.56.01>
- Rodríguez, Corina (2015). "Economía feminista y economía del cuidado. Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad". *Nueva Sociedad*, 256: 30-44.
- Rodríguez, Nazaret; Comas, Dolors (2017). "La construcción social del cuidado comunitario en La Muralleta, una cooperativa autogestionada para gente mayor". *QUADERNS-E*, 22(2), 183-198.
- Ruppner, Leha; Bostean, Georgiana (2014). "Who Cares? Caregiver Well-being in Europe". *European Sociological Review*, 30 (5): 655-669. doi:10.1093/esr/jcu065
- Sharim, Dariela (2005). "La identidad de género en tiempos de cambio: una aproximación desde los relatos de vida". *Revista Psyke*, 14 (2): 19-32.
- Taylor, Steven.; Bodgan, Robert (1984). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Tedlock, Barbara (1991). "From participant observation to the observation of participation: The emergence of narrative ethnography". *Journal of Anthropological Research*, 47 (1): 69-94.
- Valdés, Teresa; Weinstein, Marisa, Toledo, M Isabel, et al. (1989). "Centros de Madres, 1973-1989. ¿Solo disciplinamiento?". *Documento de trabajo*, 146: 1-186.
- Vega Solís, C.; Martínez Buján, R. (2017). "Explorando el lugar de lo comunitario en los estudios de género sobre sostenibilidad, reproducción y cuidados". *Quaderns-e*, 22 (2): 65-81.
- Waerness, Kari (1987). "A Feminist Perspective on the New Ideology of 'Community Care' for the Elderly". *Acta Sociologica*, 30 (2): 133-150. doi: <https://doi.org/10.1177/000169938703000202>
- Wolf, Virginia (2008 [1967]). *Una habitación propia*. Barcelona: Editorial Seix Barral.

Anexo 1. Perfil de las mujeres del Club adultas mayores “El Rosal” (Independencia)

N	Pseudónimo	Año nacimiento	Edad	Educación	Estado civil	Situación de pareja	Sistema de salud	Jubilación	Registro
1	Rosario	-	-	Media completa	Casada	Convive	FONASA	-	Diario de campo y focus group
2	Soledad	1939	79	Técnico superior	Casada	Convive	Isapre	AFP	Diario de campo, entrevista y focus group
3	Andrea	1942	76	Educación incompleta media	Casada	Convive	FONASA	Pensión básica solidaria	Diario de campo, entrevista y focus group
4	Liliana	1932	86	Educación incompleta básica	Viuda	Soltera	FONASA	Pensión básica solidaria	Diario de campo, entrevista y focus group
5	Patricia	1953	65	Educación incompleta superior	Casada	Convive	-	-	Diario de campo
6	Gloria	1940	78	Educación incompleta media	Viuda	Soltera	FONASA	Pensión básica solidaria	Diario de campo, entrevista y focus group
8	Mariana	1945	73	Educación incompleta media	Casada	Convive	FONASA	No jubilada	Diario de campo y focus group
9	María	1942	76	Educación incompleta media	Viuda	Soltera	FONASA	AFP	Diario de campo
10	Teresa	1933	85	Educación completa media	Viuda	Soltera	FONASA	Pensión básica solidaria	Diario de campo, entrevista y focus group
11	Mirta	-	-	-	Casada	Convive	FONASA	No jubilada	Diario de campo
12	Silvana	1941	77	Técnico superior	Casada	Convive	FONASA	No jubilada	Diario de campo, entrevista y focus group
13	Sara	1950	68	Educación incompleta media	Casada	Convive	Isapre	-	Diario de campo, entrevista
14	Julia	-	-	-	Viuda	Soltera	FONASA	Pensión básica solidaria	Diario de campo y focus group
15	Soraya	-	-	-	Casada	Convive	FONASA	No jubilada	Diario de campo y focus group
16	Jimena	-	-	-	Casada	Convive	FONASA	No jubilada	Diario de campo y focus group
17	Graciela	-	-	-	Casada	Convive	-	-	Diario de campo
18	Maribel	-	-	-	-	-	-	-	Diario de campo

## Anexo 2. Profesoras, autoridades, candidatos y funcionarios

<b>N</b>	<b>Pseudónimo</b>	<b>Cargo o función</b>	<b>Registro</b>
1	Valencia	Profesora taller 2016	Diario de campo y entrevista
2	Fabián	Funcionario Oficina del Adulto Mayor de Independencia	Diario de campo
3	Carmen	Funcionaria Oficina del Adulto Mayor de Independencia	Diario de campo